

“ provechándose de esta circunstancia, se apoderó de la casa y nos
 “ hizo un fuego mortífero; pero fué desalojado luego, dejando en
 “ el patio del Cónsul un testimonio de mala fé en un oficial enemi-
 “ go muerto: esta circunstancia, unida á la impresion que dejaron
 “ en nuestro campo los mediadores holandeses que se habian mos-
 “ trado parciales, al grado de querer que el ejército vencedor se
 “ retirase á Ahuachapan despues de los triunfos de San Miguelito
 “ y Charcas, pusieron los intereses de la Legacion holandesa en un
 “ peligro inminente; sin embargo, nuestros bravos prescindieron de
 “ su indignacion para que no hubiese un mínimo pretexto de ne-
 “ gar su respeto por todas las conveniencias sociales.

“ A la oracion del dia 9 el General mandó que se retirasen las
 “ tropas á sus cuarteles: la primera division á la Universidad, la se-
 “ gunda á la Merced, la tercera á San Francisco, la cuarta á Santo
 “ Domingo, y la caballeria á los potreros que están á retaguardia
 “ de este convento.”

“ Aun vencedores, nos hallábamnos en una posicion llena de in-
 “ quietudes: la administracion anterior á la mia habia llevado el
 “ descuido hasta no tener mas que quinientas piedras de chispa de
 “ reserva, que fueron gastadas en las acciones de San Miguelito y
 “ Charcas, y carecíamos de ellas á tal punto, que mas de cien sol-
 “ dados nuestros tenian sus fusiles sin piedras, y por consiguiente
 “ muchos las tenian inservibles, circunstancia que nos impuso la
 “ ley de obrar con timidez, pues que la noche del 9 una cuarta
 “ parte del ejército se hallaba en imposibilidad de hacer fuego.”

“ Cuando yo salí por la mañana del dia 10, á recorrer los pue-
 “ tos y prohibir que los soldados saliesen de sus cuarteles, los co-
 “ mandantes de division, por un celo mal entendido, habian vuel-
 “ to á colocar sus avanzadas en las boca-calles, y el fuego se habia
 “ roto, á pesar de las órdenes terminantes para que no sucediese,
 “ pues que de él resultaban dos inconvenientes grandes: el prime-
 “ ro, de hacer creer al enemigo que su fuego era un freno al arrojó
 “ de nuestras tropas; el segundo, que se inutilizaba una gran can-
 “ tidad de soldados por destruirse las piedras. En esta alternativa
 “ tan inquietante se determinó el General á hacer ocupar todas las
 “ manzanas que se hallaban entre la plaza mayor y nuestros fuer-
 “ tes puntos de apoyo: en consecuencia, despues de haber puesto
 “ un cañon en el campanario de la Merced, y colocados allí los
 “ mejores tiradores á fin de contener las guerrillas del enemigo,
 “ empecé á caminar desde la Merced, á cubierto de los fuegos atra-
 “ vesando las casas particulares, cortando las paredes que se opo-
 “ nian á un tránsito fácil; cuando llegué á la gran calle de Belen,
 “ dí las órdenes para que iguales ataques fuesen dirigidos, atrave-
 “ sando las manzanas que se hallaban entre la Universidad y el que

“ yo dirigia.”

“ Llegué sin pérdida alguna á ocupar las casas en frente á la vi-
 “ ce-Presidencia, cuya esquina se hallaba á tiro de pistola de la
 “ trinchera enemiga construida detras del Sagrario, que era la que
 “ mas nos incomodaba. El motivo táctico que tuve para dirigir es-
 “ tos cuatro ataques paralelos y simultáneos, habia sido el fijar
 “ toda la atencion del enemigo sobre los fuegos que yo queria es-
 “ tablecer en las esquinas de la calle del comercio con la plaza del
 “ Sagrario, (*) y hacer desfilar la caballeria por el ataque que yo di-
 “ rigia correspondiente á la trinchera enemiga colocada al lado del
 “ palacio del Arzobispo, que era la única que no cortaba entera-
 “ mente la calle, pues que habia del lado opuesto al palacio del
 “ Arzobispo un paso, á donde podian desfilar dos caballos de fren-
 “ te: yo esperaba que á las dos ó tres de la tarde podria darse el
 “ golpe decisivo, y con este intento habia mandado prevenir al Ge-
 “ neral, se sirviese dar órden á la caballeria de reunirse sobre la
 “ Plaza vieja; (**) pero no pudo verificarse así, porque los oficiales en-
 “ cargados de la direccion de otros ataques, no correspondieron á
 “ mis esperanzas, habian adelantado poco; y el principal ataque que
 “ debia tener por base la casa de Marticorena, dirigiéndose á la es-
 “ quina del Sagrario, ni aun habia empezado. Esta ocurrencia me
 “ hizo renunciar al proyecto de dar el golpe decisivo en el dia,
 “ desde luego me trasladé al cuartel general de Santo Domingo,
 “ para dar parte al General y recibir sus órdenes: allí supe que es-
 “ taba empeñado en rechazar un ataque tan temerario como dispa-
 “ ratado: el enemigo en su desesperacion, obrando sin plan, sin ti-
 “ no y sin acierto, habia imaginado tomar á viva fuerza el Calva-
 “ rio, y fué rechazado por la tercera division unida á nuestra in-
 “ trépida caballeria que le hizo una mortandad espantosa: la re-
 “ lacion de este episodio de nuestras operaciones en el dia 10, que
 “ fué dirigido por el General en persona, es el objeto de los docu-
 “ mentos números 5 y 6.”

“ Cuando fuí enterado de las circunstancias de este ataque, no
 “ pude dudar que el enemigo habia percibido los peligros de que
 “ estaba amenazado del lado del Sagrario, y procuraba por todos
 “ los medios que le quedaban, hacer una inversion poderosa hácia
 “ San Francisco; penetrado de estos proyectos, volví al galope has-
 “ ta el Sagrario para activar allí las operaciones por todos los me-
 “ dios posibles.”

(*) Hoy Mercado municipal.

(**) Hoy plaza del Teatro.

21—Por la mañana del 11 de abril el general Morazan recibió la comunicacion siguiente:

“Al C. Francisco Morazan, General en Jefe del ejército de Honduras y el Salvador.”

“*Señor General:* Creo haber llenado mis deberes defendiendo el Estado y la capital, hasta donde me ha parecido razonable”.

“Ahora propongo á Ud. se suspendan las hostilidades, interin se arregla una capitulacion para la que estoy dispuesto, y espero se sirva Ud. decirme el punto á que deben concurrir los Jefes que anunciaré al efecto.”

“Tengo el honor de ofrecer á Ud. mis respetos y consideracion.
D. U. L.—Guatemala, 11 de abril de 1829.

Mariano de Aycinena.

22—He aquí la aristocracia segunda vez vencida. El representante de la nobleza de Guatemala inclina la frente ante un hijo del pueblo de Tegucigalpa. La primera caída de los nobles, despues de la Independencia proclamada el año de 21, se debió al pronunciamiento de Casa-Mata en Méjico; la segunda la produjo el heroico esfuerzo de los centro-americanos. La primera dominacion aristocrática vino de una monarquía: el efímero imperio de Iturbide y la invasion al Salvador por las fuezas mejicanas; la segunda tiene un origen igualmente bastardo: el atentado que hollando las Constituciones federal y del Estado de Guatemala, redujo á prision al jefe don Juan Barrundia, y ocasionó la muerte del vice-jefe don Cirilo Flores. Ambas épocas consignan en la historia devastaciones y desastres. La primera nos dió el triste ejemplo de que una seccion centro-americana invadiera á otra. Huestes guatemaltecas llegaron hasta la capital de los salvadoreños, fueron incendiadas 22 casas, y otras muchas sufrieron el saqueo. Una segunda invasion imprimió en el territorio vecino huellas indestructibles de luto y de dolor; las mismas quedaron en Nicaragua por otra invasion servil guatemalteca que tenia por fin combatir á Granada y hacer triunfar al emperador Iturbide. Los nobles dejan aun otro recuerdo imperecedero de su primera dominacion: la pérdida de Chiapas y de Soconusco, territorios que se anexaron á Méjico con motivo del Imperio, y que ya no volvieron á ser guatemaltecos. La segunda dominacion de los nobles nos deja: el asesinato de Flores: los decretos de proscripcion y de muerte dictados por don Mariano Aycinena, y mas de una vez ejecutados con todas sus horribles circunstancias: las represalias sal-



vadoreñas que trajeron la guerra hasta los campos de Arrazola: la revolucion desastrosa de Honduras, el incendio de Comayagua, la sangre derramada en Chalchuapa, Quelepa, el Socorro, Suyapango, Gualcho, Ilobasco, Quezaltepeque, Mixco, San Miguelito, las Charcas, San Salvador, Mejicanos, Guatemala y otros muchos campos mas.

23—El general Morazan contestó á don Mariano Aycinena en los términos siguientes:

“Al. C. Mariano Aycinena, general de las fuerzas que existen en la plaza mayor de esta ciudad.

“*Señor General:* Acabo de recibir la estimable nota de Ud. en la que al manifestarme haber cumplido hasta hoy con su obligacion defendiendo este Estado y su capital, me propone suspension de hostilidades para arreglar una capitulacion, á cuyo efecto vendrán dos Jefes por su parte al punto que señale. La posicion en que me hallo no me permite perder un momento, ni venir en otra cosa que no sea en la rendicion de la plaza, ofreciendo que se garantizarán las vidas y propiedades de cuantos existan en ella.

“Creo, señor General, que está en los intereses de Ud. y de cuantos se hallan á sus órdenes, el adoptar esta proposicion, pues estoy seguro de que los nuevos esfuerzos no harán mas que multiplicar víctimas y desmejorar su situacion.”

“Tengo el honor de ofrecer á U. mis respetos y consideracion. D. U. L. fecha utsupra. *Francisco Morazan.*”

24—El general Morazan no se dirige al Jefe del Estado de Guatemala. Morazan no reconocia á Aycinena como Jefe y no podia darle una denominacion que suponía un carácter que él no habia reconocido. El período constitucional de don Juan Barrundia no habia terminado cuando este Jefe fué separado por Arce, y de hecho vino al poder Aycinena. Las autoridades disueltas el año de 26 se habian reinstalado en la Antigua, y Morazan se hallaba en relaciones con ellas. Aycinena solo tenía ya poder sobre las fuerzas que existian en la plaza mayor de la ciudad. El armisticio que proponía era posible que no tuviera mas fin que ganar tiempo. Morazan no podia admitir una demora que paralizara sus operaciones. Desde ese momento él dicta la ley. Dice que no admite mas que la rendicion de la plaza, ofreciendo que se garantizarian las vidas y propiedades de cuantas personas en ella estaban. Aycinena no era ya el hombre de los manifiestos del año de 27, de los decretos de proscripcion, ni de las órdenes militares de los primeros meses de 829. Ya no llamaba á sus opositores un puñado de enemigos del orden, descamisados y forajidos. El poder de la fuerza le hacia variar de tono y presentarse como un cordero. Aycinena se espanta-

ba ante la continuacion del fuego. Comprendia que la plaza no podia sostenerse; que iba á ser tomada por asalto, y no tenia la grandeza de alma de un romano para sufrir la muerte sin abandonar su puesto. El contestó á Morazan en los términos siguientes.

25—“ Al C. Francisco Morazan, general en jefe del ejército de Honduras y el Salvador.

“ *Señor General:* Al excitar á Ud. para una conferencia en que pudie.en fijarse las bases bajo las cuales pudiera ser ocupada esta plaza, no he tenido otro objeto que evitar la efusion de sangre y ahorrar víctimas á nuestra patria.”

“ Veo con sentimiento que se desecha este medio tan necesario para arreglar puntos demasiado interesantes á ambas partes; y me queda la satisfaccion de haber agotado mis recursos á fin de impedir la prolongacion de los males consiguientes á la guerra. Aun es tiempo, C. General, de poner término á estos desastres, cuya responsabilidad no puede ya pesar sobre el Gobierno que es á mi cargo.”

“ La conferencia seria indispensable, aun cuando la plaza se hallase en el caso de una rendicion, y no veo los inconvenientes que puedan impedir la, asi como tampoco alcanzo que esta llegue á verificarse sin una suspension momentánea de hostilidades por ambas partes.”

“ Tengo el honor de repetir á Ud. las seguridades de mi aprecio. D. U. L.—Guatemala, 11 de abril de 1829.”

Mariano de Aycinena.

26—Aycinena dice á Morazan que aun es tiempo de poner término á esos desastres. Es sensible que él solo hubiera querido poner término á ellos, cuando no tenia mas esperanza que la benevolencia del vencedor. No quiso aceptar la serie de proposiciones de arreglo que se hicieron durante la campaña de San Salvador. Despojó de la primera magistratura de la nacion á don Manuel José Arce, porque pretendia que hubiera arreglos de paz con los salvadoreños; en una carta á su primo don Antonio, dijo que emplearia medios desconocidos aun del mismo Maquiavelo para que no se impidiera la continuacion de la guerra, y rechazó aun las proposiciones que ya adelantada la campaña sobre la plaza, se hicieron por medio del Ministro de Holanda, y á última hora, cuando estaba totalmente perdido, y aguardaba el asalto definitivo de sus fortificaciones, dice:

“ Aun es tiempo, C. General, de poner término á estos desastres.”

27—Morazan contestó esa nota con severidad y laconismo. Hé aquí sus palabras: “Cuando Ud. se sirva decirme que conviene en lo que le he propuesto en mi nota de hoy, estaré pronto á admitir

“ los comisionados que deban arreglar la capitulacion, y entonces se suspenderán las hostilidades por el tiempo que sea necesario.”

“ Señor General: los males de la guerra que afligen á Centro-América, pesarán sobre los autores de ellos, y nunca sobre aquellos que la han hecho por defenderse, y por sostener los derechos del pueblo.”

“ Tengo el honor de protestar á Ud. mis respetos y alta consideracion.—D. U. L. Fecha utsupra.”

Francisco Morazan.”

28—Entre tanto, las fuerzas sitiadoras penetraban desde la casa de Marticorena, á las esquinas del padre Bustamante y de Yela, al frente del Sagrario, y el teniente coronel Jonama preparaba una mina bajo la casa de Beltranena. Faltaban piedras de chispa y se encontraron 3000 en la tienda de Yela, lo que dió mayor aliento al ejército aliado. Habia en las boca-calles gran-guardias que hacian caer sobre la plaza una lluvia de balas. Una de ellas puso fuera de combate á Pacheco, que con 30 hombres hacia tiros inútiles desde lo alto de la Catedral. La lluvia de balas que caia sobre la plaza, provocó una desercion que se habia manifestado desde la noche anterior, y fué facilitada, segun dijeron los desertores, por un oficial que tenia á su cargo una trinchera. Aycinena espantado cada vez mas, envió al general Morazan un oficial con bandera blanca que conducia la comunicacion siguiente:

29—“ C. Francisco Morazan, general en jefe de las tropas de San Salvador y Honduras.”

“ Estoy de acuerdo con las bases que Ud. fija en su primera nota, y esto quise decir en la mia última.”

“ En tal concepto, mandaré los comisionados al punto que Ud. designe, desde luego que se sirva darme el correspondiente aviso.”

“ Reitero á Ud. mis consideraciones y respetos.—D. U. L. Guatemala, 12 de abril de 1829.”

Mariano de Aycinena.”

30—Aycinena sin esperar que Morazan le contestara, envió á don Manuel Arzú y á don Manuel Francisco Pavon, con la nota siguiente: “ C. general Francisco Morazan. Los CC. brigadier Manuel de Arzú, y teniente coronel Manuel Francisco Pavon, son los comisionados que he nombrado para las conferencias en que se debe arreglar el modo en que ocupe Ud. la plaza con sus tropas.”

“ Ya he dado mis instrucciones, y suscribo á cuanto ambos convengan.”

“ Reitero á Ud. mis consideraciones y respetos. D. U. L.—Guatemala, 12 de abril de 1829.”

Mariano de Aycinena.”

31—Morazan desde su primera contestacion á don Mariano Aycinena, dijo que no consentiría nada que no fuera la rendicion de la plaza, ofreciendo garantizar las vidas y propiedades de cuantos en ella estuvieran. Aycinena quiso confundir el pensamiento de rendicion con ideas de conferencias. Morazan replica que solo admite la rendicion de la plaza. Agravándose las circunstancias, Aycinena acepta, disculpándose con que esto fué lo que quiso decir desde su primera nota. Pavon y Arzú marcharon á rendir la plaza sin mas ventaja para ellos que el respeto á las vidas y á las propiedades, lo que equivale á rendirse á discrecion. En este concepto fueron admitidos en el campo enemigo conforme á las leyes de la guerra.

32—Don José Milla y Vidaurre en una noticia biográfica de don Manuel Francisco Pavon, dice: “La capitulacion se habia pedido á pesar del jefe Aycinena, que se proponia defender palmo á palmo la ciudad.” Esta asercion es enteramente inexacta. Ella procede de un vehemente deseo de presentar como grande héroe al Jefe de los serviles y al primer representante de los nobles. Las notas preinsertas atestiguan que Aycinena no solo queria la capitulacion, sino que la solicitaba con empeño, y que sus deseos de salvarse llegaron hasta el estremo de rendirse sin mas condicion favorable que la garantia de vidas y propiedades. Esto estaba ya estipulado en notas que hemos visto. Los comisionados no fueron al campo enemigo mas que á darle formas de estilo, agregando circunstancias accidentales.

33—Arzú y Pavon fueron recibidos por el general Morazan conforme á las leyes de la guerra, y en la casa de la Andrade, esquina de la plazuela de San Francisco, (*) se firmó el siguiente documento:

- “ Art. 1.º—Desde esta hora habrá una suspension de armas y tanto el ejército del general Morazan, como el que se halla en la plaza, recogerán sus partidas á los puntos que ocupan, evitando todo acto de hostilidad.
- “ 2.º—Mañana á las 10 del dia entrará el ejército sitiador á la plaza principal de esta ciudad.
- “ 3.º—Las tropas sitiadas se replegarán antes de este acto á sus cuarteles, y se depositarán en la sala de armas todas las existentes en la plaza mayor.
- “ 4.º—El general Morazan, si lo tuviere por conveniente, incorporará á su ejército los individuos de las fuerzas capituladas que no quisieren ser licenciados, ya sean de las milicias del Estado, ó de la fuerza federal que exista unida á ellas.

* Hoy plaza de la Concordia.

“ 5.º—Cuatro comisionados del ejército sitiador, pasarán mañana á las 8 del dia á la plaza, para asegurarse del cumplimiento del art. 3.º y luego que se hayan recibido formalmente de todos los elementos de guerra y armas que existen en la plaza, darán aviso de ello, para la ocupacion de la misma plaza.

“ 6.º—El general Morazan garantiza las vidas y propiedades de todos los individuos que existan en la plaza.

“ 7.º—Les dará pasaporte, si lo tuviere por conveniente, para que salgan á cualquier punto de la República ó fuera de ella.

“ 8.º—El general Morazan, y los comisionados á nombre del Jefe que representan, ofrecen bajo su palabra de honor, cumplir esta capitulacion en la parte que les toca.”

“ En Guatemala, á 12 de Abril de 1829.

Francisco Morazan—Manuel Arzú—Manuel Francisco Pavon.